

ROMANOS

El alcance o la intención del apóstol al escribir a los Romanos parece haber sido contestar al incrédulo y enseñar al judío creyente; confirmar al cristiano y convertir al gentil idólatra; y mostrar al convertido gentil como igual al judío en cuanto a su condición religiosa, y a su rango en el favor divino. Estos diversos designios se tratan oponiéndose al judío infiel o incrédulo, o discutiendo con él en favor del cristiano o del creyente gentil. Establece claramente que la manera en que Dios acepta al pecador, o lo justifica ante sus ojos, es sólo por gracia por medio de la fe en la justicia de Cristo, sin acepción de naciones. Esta doctrina es aclarada a partir de las objeciones planteadas por los cristianos judaizantes que favorecían las condiciones de la aceptación con Dios por medio de una mezcla de la ley y el evangelio, excluyendo a los gentiles de toda participación en las bendiciones de la salvación efectuada por el Mesías. En la conclusión, pone aún más en vigencia la santidad por medio de exhortaciones prácticas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Misión del apóstol.* 8—15. *Ora por los santos de Roma, y dice que desea verlos.* 16, 17. *El camino del evangelio de la justificación por la fe es para judíos y gentiles.* 18—32. *Exposición de los pecados de los gentiles.*

Vv. 1—7. La doctrina sobre la cual escribe el apóstol Pablo establece el cumplimiento de las promesas hechas por medio de los profetas. Habla del Hijo de Dios, Jesús el Salvador, el Mesías prometido, que vino de David en cuanto a su naturaleza humana, pero que fue declarado Hijo de Dios por el poder divino que lo resucitó de entre los muertos. La confesión cristiana no consiste en el conocimiento conceptual o el sólo asentimiento intelectual, y mucho menos, discusiones perversas, sino en la obediencia. Sólo los llamados eficazmente por Jesucristo son los llevados a la obediencia de la fe. —Aquí se expone: —1. El privilegio de los cristianos amados por Dios y miembros de ese cuerpo que es amado. —2. El deber de los cristianos: ser santos, de aquí en adelante son llamados, llamados a ser santos. El apóstol saluda a éstos deseándoles gracia que santifique sus almas y paz que consuele sus corazones, las que brotan de la misericordia libre de Dios, el Padre reconciliado de todos los creyentes, que viene a ellos a través del Señor Jesucristo.

Vv. 8—15. Debemos demostrar amor por nuestros amigos no sólo orando por ellos, sino alabando a Dios por ellos. Como en nuestros propósitos, y en nuestros deseos debemos acordarnos de decir, Si el Señor quiere, Santiago iv, 15. Nuestras jornadas son o no prosperadas conforme a la voluntad de Dios. Debemos impartir prontamente a otros lo que Dios nos ha entregado, regocijándonos al impartir gozo a los demás, especialmente complaciéndonos en tener comunión con los que creen las mismas cosas que nosotros. Si somos redimidos por la sangre, y convertidos por la gracia del Señor Jesús, somos completamente suyos y, por amor a Él, estamos endeudados con todos los hombres para hacer todo el bien que podamos. Tales servicios son nuestro deber.

Vv. 16, 17. El apóstol expresa en estos versículos el propósito de toda la epístola, en la cual plantea una acusación de pecaminosidad contra toda carne; declara que el único método de liberación de la condena es la fe en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo y, luego, edifica sobre ello la pureza del corazón, la obediencia agradecida, y los deseos fervientes de crecer en todos esas gracias y temperamentos cristianos que nada, sino la fe viva en Cristo, puede producir. —Dios es un Dios justo y santo, y nosotros somos pecadores culpables. Es necesario que tengamos una justicia para comparecer ante Él; tal justicia existe, fue traída por el Mesías, y dada a conocer en el evangelio: el método de aceptación por gracia a pesar de la culpa de nuestros pecados. Es la justicia de Cristo, que es Dios, la que proviene de una satisfacción de valor infinito. La fe es todo en todo, en el comienzo y en la continuación de la vida cristiana. No es de la fe a las obras como si la fe nos pusiera en un estado justificado y, luego, las obras nos mantuvieran allí, pero siempre es de fe en fe: es la fe que sigue adelante ganándole la victoria a la incredulidad.

Vv. 18—25. El apóstol empieza a mostrar que toda la humanidad necesita la salvación del evangelio, porque nadie puede obtener el favor de Dios o escapar de su ira por medio de sus propias obras. Porque ningún hombre puede alegar que ha cumplido todas sus obligaciones para con Dios y su prójimo, ni tampoco puede decir verazmente que ha actuado plenamente sobre la base de la luz que se le ha otorgado. La pecaminosidad del hombre es entendida como iniquidad contra las leyes de la primera tabla, e injusticia contra las de la segunda. La causa de esa pecaminosidad es detener con injusticia la verdad. Todos hacen más o menos lo que saben que es malo y omiten lo que saben que es bueno, de modo que nadie se puede permitir alegar ignorancia. El poder invisible de nuestro Creador y la Deidad están tan claramente manifestados en las obras que ha hecho de modo que hasta los idólatras y los gentiles malos se quedan sin excusa. Siguieron neciamente la idolatría y las criaturas racionales cambiaron la adoración del Creador glorioso por animales, reptiles e imágenes sin sentido. Se apartaron de Dios hasta perder todo vestigio de la verdadera religión, si no lo hubiera impedido la revelación del evangelio. Porque los hechos son innegables, cualesquiera sean los pretextos planteados en cuanto a la suficiencia de la razón humana para descubrir la verdad divina y la obligación moral o para gobernar bien la conducta. Estos muestran simplemente que los hombres deshonraron a Dios con las idolatrías y supersticiones más absurdas y que se degradaron a sí mismos con los afectos más viles y las obras más abominables.

Vv. 26—32. La verdad de nuestro Señor se muestra en la depravación horrenda del pagano: “que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz”. La verdad no era del gusto de ellos. Todos sabemos cuán pronto se confabula el hombre contra la prueba más evidente para razonar evitándose creer lo que le disgusta. El hombre no puede ser llevado a una esclavitud más grande que la de ser entregado a sus propias lujurias. Como a los gentiles no les gustó tener a Dios en su conocimiento, cometieron delitos totalmente contrarios a la razón y a su propio bienestar. La naturaleza del hombre, sea pagano o cristiano, aún es la misma; y las acusaciones del apóstol se aplican más o menos al estado y al carácter de los hombres de todas las épocas, hasta que sean llevados a someterse por completo a la fe de Cristo, y sean renovados por el poder divino. Nunca hubo todavía un hombre que no tuviera razón para lamentarse de sus fuertes corrupciones y de su secreto disgusto por la voluntad de Dios. Por tanto, este capítulo es un llamado a examinarse a uno mismo, cuya finalidad debe ser la profunda convicción de pecado y de la necesidad de ser liberado del estado de condenación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—16. *Los judíos no podían ser justificados por la ley de Moisés más que los gentiles por la ley de la naturaleza.* 17—29. *Los pecados de los judíos refutan toda la vana confianza en sus privilegios externos.*

Vv. 1—16. Los judíos se creían pueblo santo, merecedores de sus privilegios por derecho propio, aunque eran ingratos, rebeldes e injustos, pero se les debe recordar a todos los que así actúan, en toda nación, época y clase, que el juicio de Dios será conforme al verdadero carácter de ellos. El caso es tan claro, que podemos apelar a los pensamientos propios del pecador. En todo pecado voluntario hay desprecio de la bondad de Dios. Aunque las ramificaciones de la desobediencia del hombre son muy variadas, todas brotan de la misma raíz. Sin embargo, en el arrepentimiento verdadero debe haber odio por la pecaminosidad anterior dado el cambio obrado en el estado de la mente que la dispone a elegir lo bueno y rechazar lo malo. También muestra un sentido de infelicidad interior. Tal es el gran cambio producido en el arrepentimiento, es la conversión, y es necesario para todo ser humano. La ruina de los pecadores es que caminan tras un corazón duro e impenitente. Sus obras pecaminosas se expresan con las fuertes palabras “atesoras para ti mismo ira”. —Nótese la exigencia total de la ley en la descripción del hombre justo. Exige que los motivos sean puros, y rechaza todas las acciones motivadas por la ambición o por fines terrenales. En la descripción del injusto, se presenta el espíritu contencioso como el principio de todo mal. La voluntad humana está enemistada con Dios. Hasta los gentiles, que no tenían la ley escrita, tenían por dentro lo que les dirigía en cuanto a lo que debían hacer por la luz de la naturaleza. La conciencia es un testigo que, tarde o temprano, dará testimonio. Al obedecer o desobedecer estas leyes naturales y sus dictados, las conciencias de ellos los exoneran o los condenan. Nada causa más terror a los pecadores, y más consuelo a los santos, que Cristo sea el Juez. Los servicios secretos serán recompensados, los pecados secretos serán castigados entonces y sacados a la luz.

Vv. 17—24. El apóstol dirige su discurso a los judíos y muestra de cuáles pecados eran culpables a pesar de sus confesiones y vanas pretensiones. La raíz y la suma de toda religión es gloriarse en Dios creyendo, humilde y agradecidamente. Pero la jactancia orgullosa que se vanagloria en Dios, y en la profesión externa de su nombre, es la raíz y la suma de toda hipocresía. El orgullo espiritual es la más peligrosa de todas las clases de orgullo. Un gran mal de los pecados de los profesante es el deshonor contra Dios y la religión, porque no viven conforme a lo que profesan. Muchos que descansan en una forma muerta de piedad, son los que desprecian a su prójimo más ignorante, aunque ellos mismos confían en una forma de conocimiento igualmente desprovista de vida y poder, mientras algunos que se glorían en el evangelio, llevan vidas impías que deshonoran a Dios y hacen que su nombre sea blasfemado.

Vv. 25—29. No pueden aprovechar las formas, las ordenanzas o las nociones sin la gracia regeneradora, que siempre lleva a buscar un interés en la justicia de Dios por la fe. Porque no es más cristiano ahora, de lo que era el judío de antaño, aquel que sólo lo es en lo exterior: tampoco es bautismo el exterior, en la carne. El cristiano verdadero es aquel que por dentro es un creyente verdadero con fe obediente. El bautismo verdadero es el del corazón, por el lavado de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo que trae un marco espiritual a la mente y una voluntad de seguir la verdad en sus caminos santos. Oremos que seamos hechos cristianos de verdad, no por fuera, sino por dentro; en el corazón y el espíritu, no en la letra; bautizados no tan sólo con agua sino con el Espíritu Santo; y que nuestra alabanza sea no de los hombres, sino de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *Objeciones contestadas.* 9—18. *Toda la humanidad es pecadora.* 19, 20. *Judíos y gentiles no pueden ser justificados por sus obras.* 21—31. *La justificación es por la libre gracia de Dios, por fe en la justicia de Cristo, pero la ley no se deroga.*

Vv. 1—8. La ley no podía salvar *en* el pecado ni *de* los pecados, pero daba ventajas a los judíos para obtener la salvación. Las ordenanzas establecidas, la educación en el conocimiento del Dios

verdadero y su servicio, y muchos favores hechos a los hijos de Abraham, eran todos medios de gracia y verdaderamente fueron utilizados para la conversión de muchos. Pero, las Escrituras les fueron especialmente encargadas a ellos. El goce de la palabra y de las ordenanzas de Dios es la principal felicidad de un pueblo, pero las promesas Dios las hace sólo a los creyentes, por tanto, la incredulidad de algunos o de muchos prefesantes no puede inutilizar la efectividad de esta fidelidad. Él cumplirá las promesas a su pueblo y ejecutará sus amenazas de venganza a los incrédulos. —El juicio de Dios sobre el mundo deberá silenciar para siempre todas las dudas y especulaciones sobre su justicia. La maldad y la obstinada incredulidad de los judíos demuestra la necesidad que tiene el hombre de la justicia de Dios por la fe, y de su justicia para castigar el pecado. Hagamos males para que nos vengan bienes, es algo más frecuente en el corazón que en la boca de los pecadores; porque pocos se justificarán a sí mismos en sus malos caminos. El creyente sabe que el deber es de él, y los acontecimientos son de Dios; y que él no debe cometer ningún pecado ni decir ninguna mentira con la esperanza, ni con la seguridad, de que Dios se glorifique. Si alguien habla y actúa así, su condenación es justa.

Vv. 9—18. Aquí se señala nuevamente que toda la humanidad está debajo de la culpa del pecado como una carga, y está bajo el gobierno y el dominio del pecado, esclavizada por él, para obrar iniquidad. Varios pasajes de las Escrituras del Antiguo Testamento dejan muy claro esto, porque describen el estado depravado y corrupto de todos los hombres, hasta que la gracia los refrena o los cambia. Por grandes que sean nuestras ventajas, estos textos describen a multitudes de los que se dicen cristianos. Sus principios y su conducta prueban que no hay temor de Dios delante de sus ojos. Y donde no hay temor de Dios no se puede esperar nada bueno.

Vv. 19, 20. Vano es buscar la justificación por las obras de la ley. Todos deben declararse culpables. La culpa ante Dios es palabra temible, pero ningún hombre puede ser justificado por una ley que lo condena por violarla. La corrupción de nuestra naturaleza siempre impedirá toda justificación por nuestras propias obras.

Vv. 21—26. ¿Debe el hombre culpable permanecer sometido a la ira para siempre? ¿Está la herida abierta para siempre? No, bendito sea Dios, hay otro camino abierto para nosotros. Es la justicia de Dios; la justicia en la ordenación, en la provisión y en la aceptación. Es por esa fe que tiene Jesucristo por su objeto; el Salvador ungido, que eso significa el nombre Jesucristo. La fe justificadora respeta a Cristo como Salvador en sus tres oficios ungidos: Profeta, Sacerdote y Rey; esa fe confía en Él, le acepta y se aferra de Él; en todo eso los judíos y los gentiles son, por igual, bienvenidos a Dios por medio de Cristo. No hay diferencia, su justicia está sobre todo aquel que cree; no sólo se les ofrece, sino se les pone a ellos como una corona, como una túnica. Es libre gracia, pura misericordia; nada hay en nosotros que merezca tales favores. Nos llega gratuitamente, pero Cristo la compró y pagó el precio. La fe tiene consideración especial por la sangre de Cristo, como la que hizo la expiación. —Dios declara su justicia en todo esto. Queda claro que odia el pecado, cuando nada inferior a la sangre de Cristo hace satisfacción por el pecado. Cobrar la deuda al pecador no estaría en conformidad con su justicia, puesto que el Fiador la pagó y Él aceptó ese pago a toda satisfacción.

Vv. 27—31. Dios ejecutará la gran obra de la justificación y salvación de pecadores desde el primero al último, para acallar nuestra jactancia. Ahora, si fuésemos salvados por nuestras obras, no se excluiría la jactancia, pero el camino de la justificación por la fe excluye por siempre toda jactancia. Sin embargo, los creyentes no son dejados con autorización para transgredir la ley; la fe es una ley, es una gracia que obra dondequiera obre en verdad. Por fe, que en esta materia no es un acto de obediencia o una buena obra, sino la formación de una relación entre Cristo y el pecador, que considera adecuado que el creyente sea perdonado y justificado por amor del Salvador, y que el incrédulo, que no está unido o relacionado de este modo con Él, permanezca sometido a condenación. La ley todavía es útil para convencernos de lo que es pasado, y para dirigirnos hacia el futuro. Aunque no podemos ser salvos por ella como un pacto, sin embargo la reconocemos y nos sometemos a ella, como regla en la mano del Mediador.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—12. *La doctrina de la justificación ejemplificada con el caso de Abraham.* 13—22. *Recibió la promesa por medio de la justicia de la fe.* 23—25. *Nosotros somos justificados por la misma vía de creer.*

Vv. 1—12. Para enfrentar los puntos de vista de los judíos, el apóstol se refiere primero al ejemplo de Abraham, en quien se gloriaban los judíos como su antepasado de mayor renombre. Por exaltado que fuese en diversos aspectos, no tenía nada de qué jactarse en la presencia de Dios, siendo salvo por gracia por medio de la fe, como los demás. Sin destacar los años que pasaron antes de su llamado y los momentos en que falló su obediencia, y aun su fe, la Escritura estableció expresamente que: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” Génesis xv, 6. —Se observa a partir de este ejemplo que si un hombre pudiera obrar toda medida exigida por la ley, la recompensa sería considerada deuda, que evidentemente no fue el caso de Abraham, puesto que la fe le fue contada por justicia. Cuando los creyentes son justificados por la fe, “les es contado por justicia”, pero la fe de ellos no los justifica como parte, pequeña o grande, de la justicia propia, sino como medio designado de unirlos a Aquel que escogió el nombre por el cual debe llamársele: “Jehová Justicia nuestra”. —La gente perdonada es la única gente bendecida. —Claramente surge de la Escritura que Abraham fue justificado varios años antes de su circuncisión. Por tanto, es evidente que este rito no era necesario para la justificación. Era una señal de la corrupción original de la naturaleza humana. Y era una señal y un sello exterior concebido no solo para ser la confirmación de las promesas que Dios le había dado a él y a su descendencia, y de la obligación de ellos de ser del Señor, sino para asegurarle de igual modo que ya era un verdadero partícipe de la justicia de la fe. Abraham es, de este modo, el antepasado espiritual de todos los creyentes que anduvieron según el ejemplo de su obediencia de fe. El sello del Espíritu Santo en nuestra santificación, al hacernos nuevas criaturas, es la evidencia interior de la justicia de la fe.

Vv. 13—22. La promesa fue hecha a Abraham mucho antes de la ley. Señala a Cristo y se refiere a la promesa, Génesis xii, 3: “y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. La ley producía ira al indicar que todo transgresor queda expuesto al descontento divino. —Como Dios tenía la intención de dar a los hombres un título de las bendiciones prometidas, así designó que fuera por la fe, para que sea totalmente por gracia, para asegurársela a todos los que eran de la misma fe preciosa de Abraham, fueran judíos o gentiles de todas las épocas. La justificación y la salvación de los pecadores, el tomar para sí a los gentiles que no habían sido pueblo, fue un llamamiento de gracia de las cosas que no son como si fueran, y esto de dar ser a las cosas que no eran, prueba el poder omnipotente de Dios. —Se muestra la naturaleza y el poder de la fe de Abraham. Creyó el testimonio de Dios y esperó el cumplimiento de su promesa, con una firme esperanza cuando el caso parecía sin esperanzas. Es debilidad de la fe lo que hace que el hombre se agobie por las dificultades del camino hacia una promesa. Abraham no la consideró como tema que admitiera discusión ni debate. La incredulidad se halla en el fondo de todas nuestras dudas de las promesas de Dios. El poder de la fe se demuestra en su victoria sobre los temores. Dios honra la fe y la gran fe honra a Dios. —Le fue contada por justicia. La fe es una gracia que, entre todas las demás, da gloria a Dios. La fe es, claramente, el instrumento por el cual recibimos la justicia de Dios, la redención que es en Cristo; y aquello que es el instrumento por el cual la tomamos o recibimos, no puede ser la cosa misma, ni puede ser así tomado y recibido el don. La fe de Abraham no lo justificó por mérito o valor propio, sino al darle una participación en Cristo.

Vv. 23—25. La historia de Abraham y de su justificación quedó escrita para enseñar a los hombres de todas las épocas posteriores, especialmente a los que, entonces, se les daría a conocer el evangelio. Es claro que no somos justificados por el mérito de nuestras propias obras, sino por la fe en Jesucristo y su justicia; que es la verdad que se enfatiza en este capítulo y el anterior como la gran fuente y fundamento de todo consuelo. Cristo obró meritoriamente nuestra justificación y salvación por su muerte y pasión, pero el poder y la perfección de esas, con respecto a nosotros,

depende de su resurrección. Por su muerte pagó nuestra deuda, en su resurrección recibió nuestra absolución, Isaías liii, 8. Cuando Él fue absuelto, nosotros en Él y junto con Él recibimos el descargo de la culpa y del castigo de todos nuestros pecados. Este último versículo es una reseña o un resumen de todo el evangelio.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Los felices efectos de la justificación por la fe en la justicia de Cristo.* 6—11. *Somos reconciliados por su sangre.* 12—14. *La caída de Adán llevó a toda la humanidad al pecado y la muerte.* 15—19. *La gracia de Dios por la justicia de Cristo tiene más poder para traer salvación de lo que tuvo el pecado de Adán para traer la desgracia.* 20, 21. *Cómo sobreabundó la gracia.*

Vv. 1—5. Un cambio bendito ocurre en el estado del pecador cuando llega a ser un creyente verdadero, haya sido lo que fuera. Siendo justificado por la fe tiene paz con Dios. El Dios santo y justo no puede estar en paz con un pecador mientras esté bajo la culpa del pecado. La justificación elimina la culpa y, así, abre el camino para la paz. Esta es por medio de nuestro Señor Jesucristo; por medio de Él como gran Pacificador, el Mediador entre Dios y el hombre. —El feliz estado de los santos es el estado de gracia. Somos llevados a esta gracia. Eso enseña que no nacemos en este estado. No podríamos llegar a ese estado por nosotros mismos, sino que somos llevados a él como ofensores perdonados. Allí estamos firmes, postura que denota perseverancia; estamos firmes y seguros, sostenidos por el poder de Dios; estamos ahí como hombres que mantienen su terreno, sin ser derribados por el poder del enemigo. Y los que tienen la esperanza de la gloria de Dios en el mundo venidero, tienen suficiente para regocijarse en el de ahora. —La tribulación produce paciencia, no en sí misma ni de por sí, pero la poderosa gracia de Dios obra en la tribulación y con ella. Los que sufren con paciencia tienen la mayoría de las consolaciones divinas que abundan cuando abundan las aflicciones. Obra una experiencia necesaria para nosotros. —Esta esperanza no desilusiona, porque está sellada con el Espíritu Santo como Espíritu de amor. Derramar el amor de Dios en los corazones de todos los santos es obra de gracia del Espíritu bendito. El recto sentido del amor de Dios por nosotros no nos avergonzará en nuestra esperanza ni por nuestros sufrimientos por Él.

Vv. 6—11. Cristo murió por los pecadores; no sólo por los que eran inútiles sino por los que eran culpables y aborrecibles; por éstos cuya destrucción eterna sería para la gloria de la justicia de Dios. Cristo murió por salvarnos, no *en* nuestros pecados, sino *de* nuestros pecados y, *aún* éramos pecadores cuando Él murió por nosotros. Sí, la mente carnal no sólo es enemiga de Dios, sino la enemistad misma, capítulo viii, 7; Colosenses i, 21. Pero Dios determinó librar del pecado y obrar un cambio grande. Mientras continúe el estado pecaminoso, Dios aborrece al pecador y el pecador aborrece a Dios, Zacarías xi, 8. Es un misterio que Cristo muriera por los tales; no se conoce otro ejemplo de amor, para que bien pueda dedicar la eternidad en adorar y maravillarse de Él. — Además, ¿qué idea tenía el apóstol cuando supone el caso de uno que muere por un justo? Y eso que sólo lo puso como algo que podría ser. ¿No era que al pasar este sufrimiento, la persona que se quería beneficiar, pudiese ser librada? Pero ¿de qué son librados los creyentes en Cristo por su muerte? No de la muerte corporal, porque todos deben soportarla. El mal, del cual podía efectuarse la liberación sólo de esta manera asombrosa, debe haber sido mucho más terrible que la muerte natural. No hay mal al que pueda aplicarse el argumento, salvo el que el apóstol asevera concretamente, el *pecado* y la *ira*, el castigo del pecado determinado por la justicia infalible de Dios. —Y si, por la gracia divina, así fueron llevados a arrepentirse y a creer en Cristo, y así eran justificados por el precio de su sangre derramada y por fe en esa expiación, mucho más por medio del que murió por ellos y resucitó, serán librados de caer en el poder del pecado y de Satanás, o de

alejarse definitivamente de él. El Señor viviente de todos concretará el propósito de su amor al morir salvando hasta el último de todos los creyentes verdaderos. —Teniendo tal señal de salvación en el amor de Dios por medio de Cristo, el apóstol declara que los creyentes no sólo se regocijan en la esperanza del cielo, y hasta en sus tribulaciones por amor de Cristo, sino que también se glorían en Dios como el Amigo seguro y Porción absolutamente suficiente de ellos, por medio de Cristo únicamente.

Vv. 12—14. La intención de lo que sigue es clara. Es la exaltación de nuestro punto de vista acerca de las bendiciones que Cristo nos ha procurado, comparándolas con el mal que siguió a la caída de nuestro primer padre; y mostrando que estas bendiciones no sólo se extienden para eliminar estos males, sino mucho más allá. Adán peca, su naturaleza se vuelve culpable y corrupta y así pasa a sus hijos. Así todos pecamos en él. La muerte es por el pecado, porque la muerte es la paga del pecado. Entonces entró toda esa miseria que es la suerte debida al pecado: la muerte temporal, espiritual, y eterna. Si Adán no hubiera pecado no hubiera muerto, pero la sentencia de muerte fue dictada como sobre un criminal; pasó a todos los hombres como una enfermedad infecciosa de la que nadie escapa. Como prueba de nuestra unión con Adán, y de nuestra parte en aquella primera transgresión, observa que el pecado prevaleció en el mundo por mucho tiempo antes que se diera la ley de Moisés. La muerte reinó ese largo tiempo, no sólo sobre los adultos que pecaban voluntariamente, sino también sobre multitud de infantes, cosa que muestra que ellos habían caído bajo la condena en Adán, y que el pecado de Adán se extendió a toda su posteridad. Era una figura o tipo del que iba a venir como Garantía del nuevo pacto para todos los que estén emparentados con Él.

Vv. 15—19. Por medio de la ofensa de un solo hombre, toda la humanidad queda expuesta a la condena eterna. Pero la gracia y la misericordia de Dios y el don libre de la justicia y salvación son por medio de Jesucristo como hombre: sin embargo, el Señor del cielo ha llevado a la multitud de creyentes a un estado más seguro y enaltecido que aquel desde el cual cayeron en Adán. Este don libre no los volvió a poner en estado de prueba; los fijó en un estado de justificación, como hubiera sido puesto Adán si hubiera resistido. Hay una semejanza asombrosa pese a las diferencias. Como por el pecado de uno prevalecieron el pecado y la muerte para condenación de todos los hombres, así por la justicia de uno prevaleció la gracia para justificación de todos los relacionados con Cristo por la fe. Por medio de la gracia de Dios ha abundado para muchos el don de gracia por medio de Cristo; sin embargo, las multitudes optan por seguir bajo el dominio del pecado y la muerte en vez de pedir las bendiciones del reino de la gracia. Pero Cristo no echará afuera a nadie que esté dispuesto a ir a Él.

Vv. 20, 21. Por Cristo y su justicia tenemos más privilegios, y más grandes que los que perdimos por la ofensa de Adán. La ley moral mostraba que eran pecaminosos muchos pensamientos, temperamentos, palabras y acciones, de modo que así se multiplicaban las transgresiones. No fue que se hiciera abundar más el pecado, sino dejando al descubierto su pecaminosidad, como al dejar que entre una luz más clara a una habitación, deja al descubierto el polvo y la suciedad que había ahí desde antes, pero que no se veían. El pecado de Adán, y el efecto de la corrupción en nosotros, son la abundancia de aquella ofensa que se volvió evidente al entrar la ley. Los terrores de la ley endulzan más aun los consuelos del evangelio. Así, pues, Dios Espíritu Santo nos entregó, por medio del bendito apóstol, una verdad más importante, llena de consuelo, apta para nuestra necesidad de pecadores. Por más cosas que alguien pueda tener por encima de otro, cada hombre es un pecador contra Dios, está condenado por la ley y necesita perdón. No puede hacerse de una mezcla de pecado y santidad esa justicia que es para justificar. No puede haber derecho a la recompensa eterna sin la justicia pura e inmaculada: esperémosla ni más ni menos que de la justicia de Cristo.

CAPÍTULO VI

Versículos 1, 2. *Los creyentes deben morir al pecado, y vivir para Dios.* 3—10. *Esto es una demanda de su bautismo cristiano y de su unión con Cristo.* 11—15. *Vivos para Dios.* 16—20. *Libertados del dominio del pecado.* 21—23. *El fin del pecado es muerte, el de la vida eterna, la santidad.*

Vv. 1, 2. El apóstol es muy completo al enfatizar la necesidad de la santidad. No la elimina al exponer la libre gracia del evangelio, antes bien muestra que la conexión entre justificación y santidad es inseparable. Sea aborrecido el pensamiento de seguir en pecado para que abunde la gracia. Los creyentes verdaderos están muertos al pecado, por tanto, no deben seguirlo. Nadie puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Necio es quien, deseando estar muerto al pecado, piensa que puede vivir en él.

Vv. 3—10. El bautismo enseña la necesidad de morir al pecado y ser como haber sido sepultado de toda empresa impía e inicua, y resucitar para andar con Dios en una vida nueva. Los profesantes impíos pueden tener la señal externa de una muerte al pecado y de un nuevo nacimiento a la justicia, pero nunca han pasado de la familia de Satanás a la de Dios. —La naturaleza corrupta, llamada hombre viejo, porque derivó de Adán nuestro primer padre, en todo creyente verdadero está crucificada con Cristo por la gracia derivada de la cruz. Está debilitada y en estado moribundo, aunque todavía lucha por la vida, y hasta por la victoria. Pero todo el cuerpo de pecado, sea lo que sea que no concuerde con la santa ley de Dios, debe ser desechado para que el creyente no sea más esclavo del pecado, sino que viva para Dios y halle dicha en su servicio.

Vv. 11—15. Aquí se estipulan los motivos más fuertes contra el pecado, y para poner en vigencia la obediencia. Siendo liberado del reinado del pecado, hecho vivo para Dios, y teniendo la perspectiva de la vida eterna, corresponde a los creyentes interesarse mucho por hacer progresos a ella, pero como las lujurias impías no han sido totalmente desarraigadas en esta vida, la preocupación del cristiano debe ser la de resistir sus indicaciones, luchando con fervor para que, por medio de la gracia divina, no prevalezcan en este estado mortal. Aliente al cristiano verdadero el pensamiento de que este estado pronto terminará, en cuanto a la seducción de las lujurias que, tan a menudo, le dejan confundido y le inquietan. Presentemos todos nuestros poderes como armas o instrumentos a Dios, listos para la guerra y para la obra de justicia a su servicio. —Hay poder para nosotros en el pacto de gracia. El pecado no tendrá dominio. Las promesas de Dios para nosotros son más poderosas y eficaces para mortificar el pecado que nuestras promesas a Dios. El pecado puede luchar en un creyente real y crearle una gran cantidad de trastornos, pero no le dominará; puede que lo angustie, pero no lo dominará. ¿Alguno se aprovecha de esta doctrina estimulante para permitirse la práctica de cualquier pecado? Lejos estén pensamientos tan abominables, tan contrarios a las perfecciones de Dios, y al designio de su evangelio, tan opuestos al ser sometido a la gracia. ¿Qué motivo más fuerte contra el pecado que el amor de Cristo? ¿Pecaremos contra tanta bondad y contra una gracia semejante?

Vv. 16—20. Todo hombre es el siervo del amo a cuyos mandamientos se rinde, sean las disposiciones pecaminosas de su corazón en acciones que llevan a la muerte, o la nueva obediencia espiritual implantada por la regeneración. Ahora se regocija el apóstol porque ellos obedecieron de todo corazón el evangelio en el cual fueron puestos como en un molde. Así como el mismo metal se hace vaso nuevo cuando es fundido y se vuelve a echar en otro molde, así el creyente ha llegado a ser nueva criatura. Hay una gran diferencia en la libertad de mente y de espíritu, tan opuesta al estado de esclavitud, que tiene el cristiano verdadero al servicio de su justo Señor, a quien puede considerar su Padre, y por la adopción de la gracia, considerarse hijo y heredero de Aquel. El dominio del pecado consiste en ser esclavos voluntarios; no en ser arrasados por un poder odiado, mientras se lucha por la victoria. Los que ahora son los siervos de Dios fueron una vez los esclavos del pecado.

Vv. 21—23. El placer y el provecho del pecado no merecen ser llamados fruto. Los pecadores no están más que arando iniquidad, sembrando vanidad y cosechando lo mismo. La vergüenza vino

al mundo con el pecado y aún sigue siendo su efecto seguro. El fin del pecado es la muerte. Aunque el camino parezca placentero e invitador, de todos modos al final habrá amargura. —El creyente es puesto en libertad de esta condenación, cuando es hecho libre del pecado. Si el fruto es para santidad, si hay un principio activo de gracia verdadera y en crecimiento, el final será la vida eterna, ¡un final muy feliz! Aunque el camino es cuesta arriba, aunque es estrecho, espinoso y tentador, no obstante, la vida eterna en su final está asegurada. La dádiva de Dios es la vida eterna. Y este don es por medio de Jesucristo nuestro Señor. Cristo la compró, la preparó, nos prepara para ella, nos preserva para ella; Él es el todo en todo de nuestra salvación.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Los creyentes están unidos con Cristo para llevar fruto para Dios.* 7—13. *El uso y la excelencia de la ley.* 14—25. *Los conflictos espirituales entre la corrupción y la gracia en el creyente.*

Vv. 1—6. Mientras el hombre continúe bajo el pacto de la ley, y procure justificarse por su obediencia, sigue siendo en alguna forma esclavo del pecado. Nada sino el Espíritu de vida en Cristo Jesús, puede liberar al pecador de la ley del pecado y la muerte. Los creyentes son liberados del poder de la ley, que los condena por los pecados cometidos por ellos, y son librados del poder de la ley que incita y provoca al pecado que habita en ellos. Entienda esto, no de la ley como regla, sino como pacto de obras. —En profesión y privilegio estamos bajo un pacto de gracia, y no bajo un pacto de obras; bajo el evangelio de Cristo, no bajo la ley de Moisés. La diferencia se plantea con el símil o figura de estar casado con un segundo marido. El segundo matrimonio es con Cristo. Por la muerte somos liberados de la obligación a la ley en cuanto al pacto, como la esposa lo es de sus votos para el primer marido. En nuestro creer poderosa y eficazmente estamos muertos para la ley, y no tenemos más relación con ella que el siervo muerto, liberado de su amo, la tiene con el yugo de su amo. El día en que creímos es el día en que somos unidos al Señor Jesús. Entramos en una vida de dependencia de Él y de deber para con Él. Las buenas obras son por la unión con Cristo; como el fruto de la vid es el producto de estar en unión con sus raíces, no hay fruto para Dios hasta que estemos unidos con Cristo. La ley, y los esfuerzos más grandes de uno bajo la ley, aun en la carne, bajo el poder de principios corruptos, no pueden enderezar el corazón en cuanto al amor de Dios, ni derrotar las lujurias mundanas, o dar verdad y sinceridad en las partes internas, ni nada que venga por el poder especialmente santificador del Espíritu Santo. Sólo la obediencia formal de la letra externa de cualquier precepto puede ser cumplida por nosotros sin la gracia renovadora del nuevo pacto, que crea de nuevo.

Vv. 7—13. No hay manera de llegar al conocimiento del pecado, que es necesario para el arrepentimiento y, por tanto, para la paz y el perdón, sino tratando nuestros corazones y vidas con la ley. En su propio caso el apóstol no hubiera conocido la pecaminosidad de sus pensamientos, motivos y acciones sino por la ley. Esa norma perfecta mostró cuán malo era su corazón y su vida, probando que sus pecados eran más numerosos de lo que había pensado antes, pero no contenía ninguna cláusula de misericordia o gracia para su alivio. —Ignora la naturaleza humana y la perversidad de su propio corazón aquel que no advierte en sí mismo la facilidad para imaginar que hay algo deseable en lo que está fuera de su alcance. Podemos captar esto en nuestros hijos, aunque el amor propio nos enceguezca al respecto en nosotros mismos. Mientras más humilde y espiritual sea un cristiano, más verá que el apóstol describe al creyente verdadero, desde sus primeras convicciones de pecado hasta su mayor progreso en la gracia, durante este presente estado imperfecto. San Pablo fue una vez fariseo, ignorante de la espiritualidad de la ley, que tenía cierto carácter correcto sin conocer su depravación interior. Cuando el mandamiento llegó a su conciencia por la convicción del Espíritu Santo, y vio lo que exigía, halló que su mente pecaminosa se

levantaba en contra. Al mismo tiempo sintió la maldad del pecado, su propio estado pecaminoso, y que era incapaz de cumplir la ley y que era como un criminal condenado. —Sin embargo, aunque el principio del mal en el corazón humano produce malas motivaciones, y más aun tomando ocasión por el mandamiento; de todos modos la ley es santa, y el mandamiento, santo, justo y bueno. No es favorable al pecado lo que lo busca en el corazón y lo descubre y reprueba en su accionar interior. Nada es tan bueno que una naturaleza corrupta y viciosa no pervierta. El mismo calor que ablanda la cera endurece al barro. El alimento o el remedio, cuando se toman mal, pueden causar la muerte, aunque su naturaleza es nutrir o sanar. La ley puede causar la muerte por medio de la depravación del hombre, pero el pecado es el veneno que produce la muerte. No la ley, sino el pecado descubierto por la ley fue hecho muerte para el apóstol. La naturaleza destructora del pecado, la pecaminosidad del corazón humano son claramente señalados aquí.

Vv. 14—17. Comparado con la santa regla de conducta de la ley de Dios, el apóstol se halló tan lejos de la perfección que le pareció que era carnal; como un hombre que está vendido contra su voluntad a un amo odiado, del cual no puede ser liberado. El cristiano verdadero sirve involuntariamente a ese amo odiado, pero no puede sacudirse la cadena humillante hasta que lo rescata su Amigo poderoso y la gracia de lo alto. El mal remanente de su corazón es un estorbo real y humillante para que sirva a Dios como lo hacen los ángeles y los espíritus de los justos perfeccionados. Este fuerte lenguaje fue el resultado del gran avance en santidad de San Pablo, y de la profundidad de la humillación de sí mismo y el odio por el pecado. Si no entendemos este lenguaje se debe a que estamos tan detrás de él en santidad, en el conocimiento de la espiritualidad de la ley de Dios y del mal de nuestros propios corazones y del odio del mal moral. Muchos creyentes han adoptado el lenguaje del apóstol, demostrando que es apto para sus profundos sentimientos de aborrecimiento del pecado y humillación de sí mismos. —El apóstol se expande en cuanto al conflicto que mantenía diariamente con los vestigios de su depravación original. Fue tentado frecuentemente en temperamento, palabras o actos que él no aprobaba o no permitía en su juicio y en afecto renovado. Distinguiendo su yo verdadero, su parte espiritual, del yo o carne, en que habita el pecado, y observando que las acciones malas eran hechas, no por él, sino por el pecado que habita en él, el apóstol no quiso decir que los hombres no sean responsables de rendir cuentas de sus pecados, sino que enseña el mal de sus pecados demostrando que todos lo están haciendo contra su razón y su conciencia. El pecado que habita en un hombre no resulta ser quien le manda o le domina; si un hombre vive en una ciudad o en un país, aún puede no reinar ahí.

Vv. 18—22. Mientras más puro y santo sea el corazón, será más sensible al pecado que permanece en él. El creyente ve más de la belleza de la santidad y la excelencia de la ley. Sus deseos fervientes de obedecer aumentan a medida que crece en la gracia. Pero no hace todo el bien al cual se inclina plenamente su voluntad; el pecado siempre brota en él a través de los vestigios de corrupción, y a menudo, hace el mal aunque contra la decidida determinación de su voluntad. —Las presiones del pecado interior apenaban al apóstol. Si por la lucha de la carne contra el Espíritu, quiso decir que él no podía hacer ni cumplir como sugería el Espíritu, así también, por la eficaz oposición del Espíritu, no podía hacer aquello a lo cual la carne lo impelía. ¡Qué diferente es este caso del de los que se sienten cómodos con las seducciones internas de la carne que les impulsan al mal! ¡Estos, contra la luz y la advertencia de su conciencia, siguen adelante, hasta en la práctica externa, haciendo el mal, y de ese modo, con premeditación, siguen en el camino a la perdición! Porque cuando el creyente está bajo la gracia, y su voluntad está en el camino de la santidad, se deleita sinceramente en la ley de Dios y en la santidad que exige, conforme a su hombre interior; el nuevo hombre en él, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Vv. 23—25. Este pasaje no representa al apóstol como uno que anduviera en pos de la carne, sino como uno que se disponía de todo corazón no andar así. Si hay quienes abusan de este pasaje, como también de las demás Escrituras, para su propia destrucción, los cristianos serios encuentran, no obstante, causa para bendecir a Dios por haber provisto así para su sostenimiento y el consuelo. No tenemos que ver defectos en la Escritura, porque los cegados por sus propias lujurias abusen de ellas, ni tampoco de ninguna interpretación justa y bien respaldada de ellas. Ningún hombre que no

esté metido en este conflicto puede entender claramente el significado de estas palabras, ni juzgar rectamente acerca de este conflicto doloroso que llevó al apóstol a lamentarse de sí mismo como miserable, constreñido a hacer lo que aborrecía. —No podía librarse a sí mismo y esto le hacía agradecer más fervorosamente a Dios el camino de salvación revelado por medio de Jesucristo, que le prometió la liberación final de este enemigo. Así, pues, entonces, dice él, yo mismo, con mi mente, mi juicio consciente, mis afectos y propósitos de hombre regenerado por gracia divina, sirvo y obedezco la ley de Dios; pero con la carne, la naturaleza carnal, los vestigios de la depravación, sirvo a la ley del pecado, que batalla contra la ley de mi mente. No es que la sirva como para vivir bajo ella o permitirle, sino que es incapaz de librarse a sí mismo de ella, aun en su mejor estado, y necesitando buscar ayuda y liberación fuera de sí mismo. Evidente es que agradece a Dios por Cristo, como nuestro libertador, como nuestra expiación y justicia en Él mismo, y no debido a ninguna santidad obrada en nosotros. No conocía una salvación así, y rechazó todo derecho a ella. Está dispuesto a actuar en todos los puntos conforme a la ley, en su mente y conciencia, pero se lo impedía el pecado que lo habitaba, y nunca alcanzó la perfección que la ley requiere. ¿En qué puede consistir la liberación para un hombre siempre pecador, sino la libre gracia de Dios según es ofrecida en Cristo Jesús? El poder de la gracia divina y del Espíritu Santo podrían desarraigar el pecado de nuestros corazones aun en esta vida, si la sabiduría divina lo hubiese adecuado. Pero se sufre, para que los cristianos sientan y entiendan constante y completamente el estado miserable del cual los salva la gracia divina; para que puedan ser resguardados de confiar en sí mismos; y que siempre puedan sacar todo su consuelo y esperanza de la rica y libre gracia de Dios en Cristo.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—9. *La libertad de los creyentes respecto de la condenación.* 10—17. *Sus privilegios por ser los hijos de Dios.* 18—25. *Sus esperanzas ante las tribulaciones.* 26, 27. *La ayuda del Espíritu Santo en la oración.* 28—31. *Su interés en el amor de Dios.* 32—39. *Triunfo final por medio de Cristo.*

Vv. 1—9. Los creyentes pueden ser castigados por el Señor, pero no serán condenados con el mundo. Por su unión con Cristo por medio de la fe, están seguros. ¿Cuál es el principio de su andar: la carne o el Espíritu, la naturaleza vieja o la nueva, la corrupción o la gracia? ¿Para cuál de estos hacemos provisión, por cuál somos gobernados? La voluntad sin renovar es incapaz de obedecer por completo ningún mandamiento. La ley, además de los deberes externos, requiere obediencia interna. Dios muestra su aborrecimiento del pecado por los sufrimientos de su Hijo en la carne, para que la persona del creyente fuera perdonada y justificada. Así, se satisfizo la justicia divina y se abrió el camino de la salvación para el pecador. El Espíritu escribe la ley del amor en el corazón, y aunque la justicia de la ley no sea cumplida *por* nosotros, de todos modos, bendito sea Dios, se cumple *en* nosotros; en todos los creyentes hay quienes responden a la intención de la ley. —El favor de Dios, el bienestar del alma, los intereses de la eternidad, son las cosas del Espíritu que importan a quienes son según el Espíritu. ¿Por cuál camino se mueven con más deleite nuestros pensamientos? ¿Por cuál camino van nuestros planes e ingenios? ¿Somos más sabios para el mundo o para nuestras almas? Los que viven en el placer están muertos, 1 Timoteo v, 6. El alma santificada es un alma viva, y esa vida es paz. La mente carnal no es sólo enemiga de Dios, sino la enemistad misma. El *hombre* carnal puede, por el poder de la gracia divina, ser sometido a la ley de Dios, pero la *mente* carnal, nunca; esta debe ser quebrantada y expulsada. —Podemos conocer nuestro estado y carácter verdadero cuando nos preguntamos si tenemos o no el Espíritu de Dios y de Cristo, versículo 9. Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu. Tener el Espíritu de Cristo significa haber cambiado el designio en cierto grado al sentir que había en Cristo Jesús, y eso tiene que notarse en una vida y una conversación que corresponda a sus preceptos y a su ejemplo.

Vv. 10—17. Si el Espíritu está en nosotros, Cristo está en nosotros. Él habita en el corazón por fe. La gracia en el alma es su nueva naturaleza; el alma está viva para Dios y ha comenzado su santa felicidad que durará para siempre. La justicia imputada de Cristo asegura al alma, la mejor parte, de la muerte. De esto vemos cuán grande es nuestro deber de andar, no en busca de la carne, sino en pos del Espíritu. Si alguien vive habitualmente conforme a las lujurias corruptas, ciertamente perecerá en sus pecados, profese lo que profese. ¿Y puede una vida mundana presente, digna por un momento, ser comparada con el premio noble de nuestro supremo llamamiento? Entonces, por el Espíritu esforcémonos más y más en mortificar la carne. —La regeneración por el Espíritu Santo trae al alma una vida nueva y divina, aunque su estado sea débil. Los hijos de Dios tienen al Espíritu para que obre en ellos la disposición de hijos; no tienen el espíritu de servidumbre, bajo el cual estaba la Iglesia del Antiguo Testamento, por la oscuridad de esa dispensación. El Espíritu de adopción no estaba, entonces, plenamente derramado. Y, se refiere al espíritu de servidumbre, al cual estaban sujetos muchos santos en su conversión. —Muchos se jactan de tener paz en sí mismos, a quienes Dios no les ha dado paz; pero los santificados, tienen el Espíritu de Dios que da testimonio a sus espíritus que les da paz a su alma. —Aunque ahora podemos parecer perdedores *por* Cristo, al final no seremos, no podemos ser, perdedores *para* Él.

Vv. 18—25. Los sufrimientos de los santos golpean, pero no más hondo que las cosas del tiempo, sólo duran el tiempo actual, son aflicciones leves y sólo pasajeras. ¡Cuán diferentes son la sentencia de la *palabra* y el sentimiento del *mundo* respecto de los sufrimientos de este tiempo presente! Indudablemente toda la creación espera con ansiosa expectativa el período en que se manifiesten los hijos de Dios en la gloria preparada para ellos. Hay impureza, deformidad y enfermedad que sobrevinieron a la criatura por la caída del hombre. Hay enemistad de una criatura contra otra. Son utilizadas, más bien se abusa de ellas, por el hombre como instrumentos de pecado. Sin embargo, este estado deplorable de la creación está “con esperanza”. Dios lo librará de estar así mantenida en esclavitud por la depravación del hombre. Las miserias de la raza humana, por medio de la maldad propia de cada uno y de unos con otros, declaran que el mundo no siempre continúa como está. —Que nosotros hayamos recibido las primicias del Espíritu, vivifica nuestros deseos, anima nuestras esperanzas y eleva nuestra expectativa. El pecado fue y es la causa culpable de todo el sufrimiento que existe en la creación de Dios. El pecado trajo los ayes de la tierra; enciende las llamas del infierno. En cuanto al hombre, ninguna lágrima ha sido derramada, ningún lamento se ha emitido, ninguna punzada se ha sentido, en cuerpo o mente, que no haya procedido del pecado. Esto no es todo: hay que considerar que el pecado afecta la gloria de Dios. ¡Con cuánta temeridad, temible, mira el grueso de la humanidad a esto! —Los creyentes han sido llevados a un estado de seguridad, pero su consuelo consiste más bien en esperanza que en deleite. No pueden ser sacados de esta esperanza por la expectativa vana de hallar satisfacción en las cosas del tiempo y de los sentidos. Necesitamos paciencia, nuestro camino es áspero y largo, pero el que ha de venir, vendrá aunque parezca que tarda.

Vv. 26, 27. Aunque las dolencias de los cristianos son muchas y grandes, de modo que serían vencidos si fueran dejados a sí mismos, el Espíritu Santo los sostiene. El Espíritu, como Espíritu iluminador, nos enseña por qué cosa orar; como Espíritu santificador obra y estimula las gracias para orar; como Espíritu consolador, acalla nuestros temores y nos ayuda a superar todas las desilusiones. El Espíritu Santo es la fuente de todos los deseos que tengamos de Dios, los cuales son, a menudo, más de lo que pueden expresar las palabras. El Espíritu que escudriña los corazones puede captar la mente y la voluntad del espíritu, la mente renovada, y abogar por su causa. El Espíritu intercede ante Dios y el enemigo no vence.

Vv. 28—31. Lo bueno para los santos es lo que hace buena su alma. Toda providencia tiende al bien espiritual de los que aman a Dios: apartándolos del pecado, acercándolos a Dios, quitándolos del mundo y equipándolos para el cielo. Cuando los santos actúan fuera de su carácter, serán corregidos para volverlos a donde deben estar. Aquí está el orden de las causas de nuestra salvación, una cadena de oro que no puede ser rota. —1. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”. Todo eso que Dios concibió

como la finalidad de la gloria y felicidad, lo decretó como el camino de la gracia y la santidad. Toda la raza humana merecía la destrucción, pero por razones imperfectamente conocidas para nosotros, Dios determinó recuperar a algunos por la regeneración y el poder de su gracia. El predestinó, o decretó antes, que ellos fueran conformados a la imagen de su Hijo. En esta vida ellos son renovados en parte y andan en sus huellas. —2. “Y a los que predestinó, a éstos también llamó”. Es un llamamiento eficaz, desde el yo y desde la tierra a Dios y a Cristo y al cielo, como nuestro fin; desde el pecado y la vanidad a la gracia y la santidad como nuestro camino. Este es el llamado del evangelio. El amor de Dios, que reina en los corazones de quienes, una vez fueron Sus enemigos, prueba que ellos fueron llamados conforme a su propósito. —3. “Y a los que llamó, a éstos también justificó”. Nadie es así justificado, sino los llamados eficazmente. Los que resisten el evangelio, permanecen sujetos a la culpa y la ira. —4. “Y a los que justificó, a éstos también glorificó”. Siendo roto el poder de la corrupción en el llamamiento eficaz, y eliminada la culpa del pecado en la justificación, nada puede interponerse entre esa alma y la gloria. Esto estimula nuestra fe y esperanza, porque como Dios, su camino, su obra, es perfecta. —El apóstol habla como alguien asombrado y absorto de admiración, maravillándose por la altura y la profundidad, y el largo y la anchura del amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento. Mientras más sabemos de otras cosas, menos nos maravillamos, pero mientras más profundamente somos guiados en los misterios del evangelio, más afectados somos por ellos. Mientras Dios esté por nosotros, y nosotros seamos mantenidos en su amor, podemos desafiar con santa osadía a todas las potestades de las tinieblas.

Vv. 32—39. Todas las cosas del cielo y la tierra, cualesquiera sean, no son tan grandes como para exhibir el libre amor de Dios como la dádiva de su coigual Hijo, como expiación por el pecado del hombre en la cruz; y todo lo demás sigue a la unión con Él y el interés en Él. “Todas las cosas”, todo eso que pueda ser causa o medio de cualquier bien real para el cristiano fiel. El que ha preparado una corona y un reino para nosotros, nos dará lo que necesitamos en el camino para alcanzarla. —Los hombres pueden justificarse a sí mismos aunque las acusaciones contra ellos estén plenamente vigentes; pero si Dios justifica, eso responde a todo. Así somos asegurados por Cristo. Él pagó nuestra deuda por el mérito de su muerte. Sí, más que eso, Él ha resucitado. Esta es la prueba convincente de que la justicia divina fue satisfecha. De manera que tenemos un Amigo a la diestra de Dios; toda potestad le ha sido dada a Él, que está allí, e intercede. ¡Creyente!; ¡dice tu alma dentro de ti, ¡oh, que Él fuera mío! Y ¡oh, que yo fuera de Él! ¡que yo pudiese complacerle y vivir para Él! Entonces, no juegues tu espíritu ni confundas tus pensamientos en dudas estériles e interminables, sino como estás convencido de impiedad, cree en aquel que justifica al impío. Estás condenado, pero Cristo ha muerto y resucitado. Huye a Él en esa calidad. —Habiendo Dios manifestado su amor al dar a su propio Hijo por nosotros, ¿podemos pensar que haya algo que pueda apartar o eliminar ese amor? Los problemas no causan ni muestran ninguna disminución de su amor. No importa de qué sean separados los creyentes, queda suficiente. Nadie puede quitar a Cristo del creyente; nadie puede quitar al creyente de Cristo, y eso basta. Todos los otros riesgos nada significan. ¡Sí, pobres pecadores! Aunque abunden con posesiones de este mundo, ¡qué cosas tan vanas son! Puedes decir de cualquiera de ellas, ¿quién nos separará? Puede que hasta te saquen las habitaciones preciosas, las amistades y la fortuna. Puede que vivas hasta para ver y esperar tu partida. Al final, debes separarte, porque debes morir. Entonces, adiós a todo lo que este mundo considera de supremo valor. ¿Qué te ha quedado, pobre alma, que no tienes a Cristo, sino aquello de lo cual te separaras gustoso, sin poder hacerlo: ¡la culpa condenadora de todos tus pecados!? Pero el alma que está en Cristo, cuando le quitan las demás cosas, se aferra a Cristo y estas separaciones no le pesan. Sí, cuando llega la muerte, eso rompe todas las demás uniones, hasta la del alma con el cuerpo, lleva el alma del creyente a la unión más íntima con su amado Señor Jesús, y al gozo pleno de Él para siempre.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *La preocupación del apóstol porque sus compatriotas eran extranjeros para el evangelio.* 6—13. *Las promesas valen para la simiente espiritual de Abraham.* 14—24. *Respuesta a las objeciones contra la conducta soberana de Dios al ejercer misericordia y justicia.* 25—29. *Esta soberanía está en los tratos de Dios con judíos y gentiles.* 30—33. *La deficiencia de los judíos se debe a que buscan su justificación por las obras de la ley, no por la fe.*

Vv. 1—5. Estando a punto de tratar el rechazo de los judíos y el llamamiento a los gentiles, y de mostrar que todo concuerda con el electivo amor soberano de Dios el apóstol expresa con fuerza su afecto por su pueblo. Apela solemnemente a Cristo; su conciencia, iluminada y dirigida por el Espíritu Santo da testimonio de su sinceridad. Se sometería a ser anatema, a ser condenado, crucificado, y, aun, estar en el horror y angustia más profundos si pudiera rescatar a su nación de la destrucción venidera por su obstinada incredulidad. Ser insensible al estado eterno de nuestro prójimo es contrario al amor requerido por la ley y por la misericordia del evangelio. Ellos habían profesado hace mucho tiempo ser adoradores de Jehová. La ley y el pacto nacional, fundamentado en ella, eran suyos. La adoración del templo era un tipo de la salvación por el Mesías y del medio de comunión con Dios. Todas las promesas referidas a Cristo y su salvación les fueron dadas. No solo está sobre todo como Mediador; es el Dios bendito por los siglos.

Vv. 6—13. El rechazo de los judíos por la dispensación del evangelio no quebrantó la promesa de Dios a los patriarcas. Las promesas y las advertencias se cumplirán. La gracia no corre por la sangre; ni los beneficios salvíficos se hallan siempre en los privilegios externos de la iglesia. No sólo fueron elegidos algunos de la simiente de Abraham, y otros no, sino que Dios obró conforme al consejo de su voluntad. Dios profetizó de Esaú y Jacob, nacidos en pecado, hijos de la ira por naturaleza, como los demás. Si eran dejados a sí mismos hubieran continuado en pecado durante toda la vida, pero, por razones santas y sabias, que no nos son dadas a conocer, Él se propuso cambiar el corazón de Jacob y dejar a Esaú en su maldad. Este caso de Esaú y Jacob ilumina la conducta divina con la raza caída del hombre. Toda la Escritura muestra la diferencia entre el cristiano confeso y el creyente real. Los privilegios externos son concedidos a muchos que no son los hijos de Dios. Sin embargo, hay un estímulo completo para el uso diligente de los medios de gracia que Dios ha determinado.

Vv. 14—24. Cualquier cosa que Dios haga debe ser justa. De ahí que el feliz pueblo santo de Dios sea diferente de los demás. La sola gracia de Dios les hace ser diferentes. Él actúa como benefactor en esta gracia eficaz y previsor que distingue, porque su gracia es sólo suya. Nadie la ha merecido, de modo que los que son salvos deben agradecer únicamente a Dios; y aquellos que perecen, deben sólo culparse a sí mismos, Oseas xiii, 9. Dios no está obligado más allá de lo que le parezca bien obligarse según su pacto y promesa, que es su voluntad revelada. Esta es que recibirá y no echará fuera a los que vienen a Cristo; pero la elección de almas, para que vayan, es un favor anticipado y distintivo para los que Él quiere. —¿Por qué encuentra faltas aún? Esta no es objeción que la criatura pueda hacer a su Creador, el hombre contra Dios. La verdad, como pasa con Jesús, anonada al hombre, poniéndolo como menos que nada, y establece a Dios como el soberano Señor de todo. ¿Quién eres tú, tan necio, tan débil, tan incapaz de juzgar los consejos divinos? Nos corresponde someternos a Él, no objetarlo. ¿Los hombres no permitirían al infinito Dios el mismo derecho soberano para manejar los asuntos de la creación, como el alfarero ejerce su derecho a disponer de su barro, cuando del mismo montón de barro hacer un vaso para un uso más honroso, y otro para uso más vil? Dios no puede hacer injusticia por más que así le parezca a los hombres. Dios hará evidente que odia el pecado. Además, formó vasos llenos con misericordia. La santificación es la preparación del alma para la gloria. Esta es obra de Dios. Los pecadores se preparan para el infierno, pero Dios es quien prepara a los santos para el cielo; y a todos los que Dios destina para el cielo *en el más allá*, a éstos prepara *ahora*. —¿Queremos saber quiénes son estos vasos de misericordia? A los que Dios llamó, y éstos no sólo son de los judíos sino de los gentiles. Ciertamente que no puede haber injusticia en ninguna de estas dispensaciones divinas; no la hay en

Dios que ejerce su benignidad, paciencia y tolerancia para con los pecadores sujetos a culpa creciente, antes de traerles su destrucción total. La falta está en el mismo pecador encallecido. En cuanto a todos los que aman y temen a Dios, por más que esas verdades parezcan más allá del alcance de su entendimiento, aun así guardan silencio ante Él. Es el Señor solo quien nos hace diferentes; debemos adorar su misericordia perdonadora y su gracia que crea de nuevo, y poner diligencia para asegurar nuestra vocación y elección.

Vv. 25—29. El rechazo de los judíos y la incorporación de los gentiles estaban profetizados en el Antiguo Testamento. Esto ayuda mucho a esclarecer una verdad, a observar cómo se cumple en ella la Escritura. Prodigio de la potestad y misericordia divinas es que haya algunos salvos: porque aun los dejados para ser simiente hubiesen perecido con los demás, si Dios los hubiera tratado conforme a sus pecados. Esta gran verdad nos la enseña esta Escritura. Se debe temer que, aun en el vasto número de cristianos profesantes, sólo un remanente será salvo.

Vv. 30—33. Los gentiles no conocían su culpa y miseria, por tanto, no se tomaban la molestia de procurarse remedio. Pero alcanzaron la justicia por fe. No por volverse prosélitos de la religión judía, ni por someterse a la ley ceremonial, sino abrazando a Cristo, creyendo en Él, y sujetándose al evangelio. Los judíos hablaban mucho de justificación y santidad, y parecía que deseaban mucho ser los favoritos de Dios. Buscaron, pero no de la manera correcta, no de la manera que hace humilde, no de la manera establecida. No por fe, no por abrazar a Cristo, sin depender de Cristo ni sujetarse al evangelio. Esperaban la justificación obedeciendo los preceptos y las ceremonias de la ley de Moisés. Los judíos incrédulos tuvieron una justa oferta de justicia, vida y salvación, hecha a ellos en las condiciones del evangelio, cosa que no les gustó y no aceptaron. ¿Hemos procurado saber cómo podemos ser justificados ante Dios, procurando esa bendición en la forma aquí señalada, por fe en Cristo, como Jehová Justicia nuestra? Entonces, no seremos avergonzados en ese día terrible, cuando todos los refugios de mentiras sean arrasados, y la ira divina innunde todo escondite salvo aquel que Dios ha preparado en su Hijo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *El deseo fervoroso del apóstol por la salvación de los judíos.* 5—11. *La diferencia entre la justicia de la ley y la justicia de la fe.* 12—17. *Los gentiles están al mismo nivel de los judíos en justificación y salvación.* 18—21. *Los judíos podían saberlo por las profecías del Antiguo Testamento.*

Vv. 1—4. Los judíos edificaron sobre un fundamento falso y no quisieron ir a Cristo para recibir la salvación gratuita por fe, y son muchos los que en cada época hacen lo mismo en diversas formas. La severidad de la ley demostró a los hombres su necesidad de salvación por gracia por medio de la fe. Las ceremonias eran una sombra de Cristo que cumple la justicia y carga con la maldición de la ley. Así que aun bajo la ley, todos los que fueron justificados ante Dios, obtuvieron esa bendición por la fe, por la cual fueron hechos partícipes de la perfecta justicia del Redentor prometido. La ley no es destruida ni frustrada la intención del Legislador, pero habiendo dado la muerte de Cristo la satisfacción plena por nuestra violación de la ley, se alcanza la finalidad. Esto es, Cristo cumplió toda la ley, por tanto, quien cree en Él, es contado justo ante Dios como si él mismo hubiese cumplido toda la ley. Los pecadores nunca se diluyen en vanas fantasías de su propia justicia si conocieron la justicia de Dios como Rey o su rectitud como Salvador.

Vv. 5—11. El pecador condenado por sí mismo no tiene que confundirse con la manera en que puede hallarse esta justicia. Cuando hablamos de mirar a Cristo, recibirlo y alimentarnos de Él, no queremos decir a Cristo en el cielo ni Cristo en lo profundo, sino Cristo en la promesa, Cristo ofrecido en la palabra. La justificación por fe en Cristo es una doctrina sencilla. Se expone ante la

mente y el corazón de cada persona, dejándola así sin disculpa por la incredulidad. Si un hombre ha confesado su fe en Jesús como Señor y Salvador de los pecadores perdidos, y realmente cree en su corazón que Dios le levantó desde los muertos, para mostrar que había aceptado la expiación, debe ser salvado por la justicia de Cristo, imputada a él por medio de la fe. Pero ninguna fe justifica lo que no es poderoso para santificar al corazón y reglamentar todos sus afectos por el amor de Cristo. Debemos consagrar y rendir nuestras almas y nuestros cuerpos a Dios: nuestras almas al creer con el corazón, y nuestros cuerpos al confesar con la boca. El creyente nunca tendrá causa para arrepentirse de su confianza total en el Señor Jesús. Ningún pecador será nunca avergonzado de tal fe ante Dios; y debiera gloriarse de ella ante los hombres.

Vv. 12—17. No hay un Dios para los judíos que sea más bueno, y otro para los gentiles que sea menos bueno; el Señor es el Padre de todos los hombres. La promesa es la misma para todos los que invocan el nombre del Señor Jesús como Hijo de Dios, como Dios manifestado en carne. Todos los creyentes de esta clase invocan al Señor Jesús y nadie más lo hará tan humilde o sinceramente, pero ¿cómo podría invocar al Señor Jesús, el Salvador divino, alguien que no ha oído de Él? ¿Cuál es la vida del cristiano, sino una vida de oración? Eso demuestra que sentimos nuestra dependencia de Él y que estamos listos para rendirnos a Él, y tenemos la expectativa confiada acerca de todo lo nuestro de parte de Él. —Era necesario que el evangelio fuera predicado a los gentiles. Alguien debe mostrarles lo que tienen que creer. ¡Qué recibimiento debiera tener el evangelio entre aquellos a quienes les es predicado! El evangelio es dado no sólo para ser conocido y creído, sino para ser obedecido. No es un sistema de nociones, sino una regla de conducta. El comienzo, el desarrollo y el poder de la fe vienen por oír, pero sólo el oír la palabra, porque la palabra de Dios fortalecerá la fe.

Vv. 18—21. ¿No sabían los judíos que los gentiles iban a ser llamados? Ellos podrían haberlo sabido por Moisés e Isaías. Isaías habla claramente de la gracia y el favor de Dios que avanza para ser recibido por los gentiles. ¿No fue este nuestro caso? ¿No empezó Dios con amor, y se nos dio a conocer cuando nosotros no preguntábamos por Él? La paciencia de Dios para con los pecadores provocadores es maravillosa. El tiempo de la paciencia de Dios es llamado un día, liviano como un día y apto para el trabajo y los negocios; pero limitado como el día, y hay una noche que le pone fin. La paciencia de Dios empeora la desobediencia del hombre, y la vuelve más pecaminosa. Podemos maravillarnos ante la misericordia de Dios, de que su bondad no sea vencida por la maldad del hombre; podemos maravillarnos ante la iniquidad del hombre, que su maldad no sea vencida por la bondad de Dios. Es cuestión de gozo pensar que Dios ha enviado el mensaje de gracia a tantísimos millones por la amplia difusión de su evangelio.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—10. *El rechazo de los judíos no es universal.* 11—21. *Dios pasó por alto la incredulidad de ellos al hacer a los gentiles partícipes de los privilegios del evangelio.* 22—32. *Los gentiles son advertidos contra el orgullo y la incredulidad.* 33—36. *Una solemne glorificación de la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios.*

Vv. 1—10. Hubo un remanente escogido de judíos creyentes que tuvo justicia y vida por fe en Jesucristo. Estos fueron preservados conforme a la elección de gracia. Si entonces esta elección era de gracia, no podía ser por obras, sean hechas o previstas. Toda disposición verdaderamente buena en una criatura caída debe ser efecto, por tanto, no puede ser causa, de la gracia de Dios otorgada a ella. La salvación de principio a fin debe ser de gracia o de deuda. Estas cosas se contradicen entre sí, tanto que no pueden fundirse. Dios glorifica su gracia cambiando los corazones y los temperamentos de los rebeldes. ¡Entonces, cómo debieran admirarlo y alabarlo! —La nación judía estaba como en un profundo sueño sin conocer su peligro ni interesarse al respecto; no tienen

conciencia de necesitar al Salvador o de estar al borde de su destrucción eterna. Habiendo predicho por el Espíritu los sufrimientos de Cristo infligidos por su pueblo, David predice los terribles juicios de Dios contra ellos por eso, Salmo lxxix. Esto nos enseña a entender otras oraciones de David contra sus enemigos; estas son profecías de los juicios de Dios, no expresiones de su propia ira. Las maldiciones divinas obran por largo tiempo y tenemos nuestros ojos ensombrecidos si nos inclinamos ante la mentalidad mundana.

Vv. 11—21. El evangelio es la riqueza más grande en todo lugar donde esté. Por tanto, así como el justo rechazo de los judíos incrédulos fue la ocasión para que una multitud tan inmensa de gentiles se reconciliara con Dios, y tuviera paz con Él, la futura recepción de los judíos en la Iglesia significará un cambio tal que se parecerá a la resurrección general de los muertos en pecado a una vida de justicia. —Abraham era la raíz de la Iglesia. Los judíos eran ramas de este árbol hasta que, como nación, rechazaron al Mesías; después de eso, su relación con Abraham y Dios fue cortada. Los gentiles fueron injertados en este árbol en lugar de ellos, siendo admitidos en la Iglesia de Dios. Hubo multitudes hechas herederos de la fe, de la santidad y de la bendición de Abraham. El estado natural de cada uno de nosotros es ser silvestre por naturaleza. La conversión es como el injerto de las ramas silvestres en el buen olivo. El olivo silvestre se solía injertar en el fructífero cuando éste empezaba a decaer, entonces no sólo llevó fruto, sino hizo revivir y florecer al olivo decadente. Los gentiles, de pura gracia, fueron injertados para compartir las ventajas. Por tanto, debían cuidarse de confiar en sí mismos y de toda clase de orgullo y ambición; no fuera a ser que teniendo sólo una fe muerta y una profesión de fe vacía, se volvieran contra Dios y abandonaran sus privilegios. Si permanecemos es absolutamente por la fe; somos culpables e incapaces en nosotros mismos y tenemos que ser humildes, estar alertas, temer engañarnos con el yo, o de ser vencido por la tentación. No sólo tenemos que ser primero justificados por fe, pero debemos mantenernos hasta el final en el estado justificado sólo por fe, aunque por una fe que no está sola sino que obra por amor a Dios y el hombre.

Vv. 22—32. Los juicios espirituales son los más dolorosos de todos los juicios; de estos habla aquí el apóstol. La restauración de los judíos, en el curso de los acontecimientos, es mucho menos improbable que el llamamiento a los gentiles para ser los hijos de Abraham; y aunque ahora otros posean estos privilegios, no impedirá que sean admitidos de nuevo. Por rechazar el evangelio y por indignarse por la predicación a los gentiles, los judíos se volvieron enemigos de Dios; aunque aún son favorecidos por amor de sus padres piadosos. Aunque en la actualidad son enemigos del evangelio, por su odio a los gentiles, cuando llegue el tiempo de Dios, eso no existirá más, y el amor de Dios por sus padres será recordado. —La gracia verdadera no procura limitar el favor de Dios. Los que hallan misericordia deben esforzarse para que por su misericordia otros también puedan alcanzar misericordia. No se trata de una restauración en que los judíos vuelvan a tener su sacerdocio, el templo y las ceremonias nuevamente; a todo esto se puso fin; pero van a ser llevados a creer en Cristo, el Mesías verdadero, al cual crucificaron; van a ser llevados a la iglesia cristiana y se volverá un solo redil con los gentiles, sometidos a Cristo el gran Pastor. Las cautividades de Israel, su dispersión, y el hecho de ser excluidos de la iglesia son emblemas de los correctivos para los creyentes por hacer lo malo; el cuidado continuo del Señor para su pueblo, y la misericordia final y la bendita restauración concebida para ellos, muestra la paciencia y el amor de Dios.

Vv. 33—36. El apóstol Pablo conocía los misterios del reino de Dios tan bien como ningún otro hombre; sin embargo, se reconoce impotente; desesperando por llegar al fondo, se sienta humildemente en el borde y adora lo profundo. Los que más saben en este estado imperfecto, sienten más su debilidad. No es sólo la profundidad de los consejos divinos sino las riquezas, la abundancia de lo que es precioso y de valor. Los consejos divinos son completos; no sólo tienen profundidad y altura, sino anchura y longitud, Efesios iii, 18, y eso sobrepasa a todo conocimiento. Hay vasta distancia y desproporción entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura, que por siempre nos impide conocer sus caminos. ¿Qué hombre le enseñará a Dios cómo gobernar al mundo? El apóstol adora la soberanía de los consejos divinos. Todas las cosas de cielo y tierra, especialmente las que se relacionan con nuestra salvación, que corresponden a nuestra paz, son

todas *de* Él por la creación, *por medio* de Él por la providencia, para que al final sean *para* Él. *De* Dios como Manantial y Fuente de todo; *por medio* de Cristo, *para* Dios como fin. Estas incluyen todas las relaciones de Dios con sus criaturas; si todos somos de Él, y por Él, todos seremos de Él y para Él. Todo lo que comienza, que su fin sea la gloria de Dios; adorémosle especialmente cuando hablamos de los consejos y acciones divinas. Los santos del cielo nunca discuten; siempre alaban.

CAPÍTULO XII

Versículos 1, 2. *Los creyentes deben consagrarse a Dios.* 3—8. *Ser humildes, y usar fielmente sus dones espirituales en sus respectivos puestos.* 9—16. *Exhortaciones a diversos deberes.* 17—21. *Y a una conducta pacífica con todos los hombres, con tolerancia y benevolencia.*

Vv. 1, 2. Habiendo terminado el apóstol la parte de su carta en que argumenta y prueba diversas doctrinas que son aplicadas prácticamente, aquí plantea deberes importantes a partir de los principios del evangelio. Él ruega a los romanos, como hermanos en Cristo, que por las misericordias de Dios presenten sus cuerpos en sacrificio vivo a Él. Este es un poderoso llamado. Recibimos diariamente del Señor los frutos de su misericordia. Presentémonos; todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que hacemos, porque después de todo, ¿qué tanto es en comparación con las grandes riquezas que recibimos? Es aceptable a Dios: un culto racional, por el cual somos capaces y estamos preparados para dar razón, y lo entendemos. La conversión y la santificación son la renovación de la mente; cambio, no de la sustancia, sino de las cualidades del alma. El progreso en la santificación, morir más y más al pecado, y vivir más y más para la justicia, es llevar a cabo esta obra renovadora, hasta que es perfeccionada en la gloria. El gran enemigo de esta renovación es conformarse a este mundo. Cuidaos de formaros planes para la felicidad, como si estuviera en las cosas de este mundo, que pronto pasan. No caigáis en las costumbres de los que andan en las lujurias de la carne, y se preocupan de las cosas terrenales. La obra del Espíritu Santo empieza, primero, en el entendimiento y se efectúa en la voluntad, los afectos y la conversación, hasta que hay un cambio de todo el hombre a la semejanza de Dios, en el conocimiento, la justicia y la santidad de la verdad. Así, pues, ser piadoso es presentarnos a Dios.

Vv. 3—8. El orgullo es un pecado que está en nosotros por naturaleza; necesitamos que se nos advierta y que seamos armados en su contra. Todos los santos constituyen un cuerpo en Cristo que es la Cabeza del cuerpo, y el centro común de su unidad. En el cuerpo espiritual hay algunos que son aptos para una clase de obra y don llamados a ella; otros, para otra clase de obra. Tenemos que hacer todo el bien que podamos, unos a otros, y para provecho del cuerpo. Si pensáramos debidamente en los poderes que tenemos, y cuán lejos estamos de aprovecharlos apropiadamente, eso nos humillaría. Pero, como no debemos estar orgullosos de nuestros talentos, debemos cuidarnos, no sea que so pretexto de la humildad y la abnegación, seamos perezosos en entregarnos para beneficio de los demás. No debemos decir, no soy nada, así que me quedaré quieto y no haré nada; sino no soy nada por mí mismo y, por tanto, me daré hasta lo sumo en el poder de la gracia de Cristo. Sean cuales fueren nuestros dones o situaciones, tratemos de ocuparnos humilde, diligente, alegre y con sencillez, sin buscar nuestro propio mérito o provecho, sino el bien de muchos en este mundo y el venidero.

Vv. 9—16. El amor mutuo que los cristianos se profesan debe ser sincero, libre de engaño, y de adulaciones mezquinas y mentirosas. En dependencia de la gracia divina, ellos deben detestar y tenerle pavor a todo mal, y deben amar y deleitarse en todo lo que sea bueno y útil. No sólo debemos hacer lo bueno; tenemos que aferrarnos al bien. Todo nuestro deber mutuo está resumido en esta palabra: amor. Esto significa el amor de los padres por sus hijos, que es más tierno y natural que cualquier otro; es espontáneo y sin ataduras. Amar con celo a Dios y al hombre por el evangelio dará diligencia al cristiano sabio en todos sus negocios mundanos para alcanzar una destreza

superior. —Dios debe ser servido con el espíritu, bajo las influencias del Espíritu Santo. Él es honrado con nuestra esperanza y confianza en Él, especialmente cuando nos regocijamos en esa esperanza. Se le sirve no sólo haciendo su obra, sino sentándonos tranquilos y en silencio cuando nos llama a sufrir. La paciencia por amor a Dios es la piedad verdadera. Los que se regocijan en la esperanza probablemente sean pacientes cuando están atribulados. No debemos ser fríos ni cansarnos en el deber de la oración. —No sólo debe haber benignidad para los amigos y los hermanos; los cristianos no deben albergar ira contra los enemigos. Solo es amor falso el que se queda en las palabras bonitas cuando nuestros hermanos necesitan provisiones reales y nosotros podemos proveerles. Hay que estar preparados para recibir a los que hacen el bien: según haya ocasión, debemos dar la bienvenida a los forasteros. —Benedicid, y no maldigáis. Presupone la buena voluntad completa no bendecirlos cuando oramos para maldecirlos en otros momentos, sino bendecirlos siempre sin maldecirlos en absoluto. El amor cristiano verdadero nos hará participar en las penas y alegrías de unos y otros. Trabaja lo más que pueda para concordar en las mismas verdades espirituales; y cuando no lo logres, concuerda en afecto. Mira con santo desprecio la pompa y dignidad mundanas. No te preocupes por ellas, no te enamores de ellas. Confórmate con el lugar en que Dios te ha puesto en su providencia, cualquiera sea. Nada es más bajo que nosotros sino el pecado. Nunca encontraremos en nuestros corazones la condescendencia para con el prójimo mientras alberguemos vanidad personal; por tanto, esta debe ser mortificada.

Vv. 17—21. Desde que los hombres se hicieron enemigos de Dios, han estado muy dispuestos a ser enemigos entre sí. Los que abrazan la religión deben esperar encontrarse con enemigos en un mundo cuyas sonrisas rara vez concuerdan con las de Cristo. No paguéis a nadie mal por mal. Esa es una recompensa brutal, apta sólo para los animales que no tienen consciencia de ningún ser superior, o de ninguna existencia después de esta. Y no sólo hagáis, sino estudiad y cuidaos para hacer lo que es amistoso y encomiable, y que hace que la religión resulte recomendable a todos aquellos con los que converséis. —Estudia las cosas que traen la paz; si es posible, sin ofender a Dios ni herir la conciencia. No os venguéis vosotros mismos. Esta es una lección difícil para la naturaleza corrupta; por tanto, se da el remedio para eso. Dejad lugar a la ira. Cuando la pasión del hombre está en su auge, y el torrente es fuerte, déjelo pasar no sea que sea enfurecido más aún contra nosotros. La línea de nuestro deber está claramente marcada y si nuestros enemigos no son derretidos por la benignidad perseverante, no tenemos que buscar la venganza; ellos serán consumidos por la fiera ira de ese Dios al que pertenece la venganza. —El último versículo sugiere lo que es fácilmente entendido por el mundo: que en toda discordia y contienda son vencidos los que se vengan, y son vencedores los que perdonan. No te dejes aplastar por el mal. Aprende a derrotar las malas intenciones en tu contra, ya sea para cambiarlas o para preservar tu paz. El que tiene esta regla en su espíritu, es mejor que el poderoso. Se puede preguntar a los hijos de Dios si para ellos no es más dulce, que todo bien terrenal, que Dios los capacite por su Espíritu de manera que sea éste su sentir y su actuar.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—7. *El deber de someterse a los gobernantes.* 8—10. *Exhortaciones al amor mutuo.* 11—14. *A la templanza y la sobriedad.*

Vv. 1—7. La gracia del evangelio nos enseña sumisión y silencio cuando el orgullo y la mente carnal sólo ven motivos para murmurar y estar descontentos. Sean quienes sean las personas que ejercen autoridad sobre nosotros, debemos someternos y obedecer el justo poder que tienen. En el transcurso general de los asuntos humanos, los reyes no son terror para los súbditos honestos, tranquilos y buenos, sino para los malhechores. Tal es el poder del pecado y de la corrupción que muchos son refrenados de delinquir sólo por el miedo al castigo. Tú tienes el beneficio del

gobierno, por tanto, haz lo que puedas por conservarlo, y nada para perturbarlo. Esto es una orden para que los individuos se comporten con tranquilidad y paz donde Dios los haya puesto, 1 Timoteo ii, 1, 2. Los cristianos no deben usar trucos ni fraudes. Todo contrabando, tráfico de mercaderías de contrabando, la retención o evasión de los impuestos, constituyen una rebelión contra el mandamiento expreso de Dios. De esta manera, se roba a los vecinos honestos, que tendrán que pagar más, y se fomentan los delitos de los contrabandistas y otros que se les asocian. Duele que algunos profesantes del evangelio estimulen tales costumbres deshonestas. Conviene que todos los cristianos aprendan y practiquen la lección que aquí se enseña, para que los santos de la tierra sean siempre hallados como los tranquilos y pacíficos de la tierra, no importa cómo sean los demás.

Vv. 8—10. Los cristianos deben evitar los gastos inútiles y tener cuidado de no contraer deudas que no puedan pagar. También deben alejarse de toda especulación aventurera y de los compromisos precipitados, y de todo lo que puedan exponerlos al peligro de no dar a cada uno lo que le es debido. No debáis nada a nadie. Dad a cada uno lo que le corresponda. No gastéis en vosotros lo que debe al prójimo. Sin embargo, muchos de los que son muy sensibles a los problemas, piensan poco del pecado de endeudarse. —El amor al prójimo incluye todos los deberes de la segunda tabla (de los mandamientos). Los últimos cinco mandamientos se resumen en esta ley real: Amarás a tu prójimo como a ti mismo; con la misma sinceridad con que te amas a ti, aunque no en la misma medida y grado. El que ama a su prójimo como a sí mismo, deseará el bienestar de su prójimo. Sobre este se edifica la regla de oro: hacer como queremos que nos hagan. El amor es un principio activo de obediencia de toda la ley. No sólo evitemos el daño a las personas, las conexiones, la propiedad y el carácter de los hombres, pero no hagamos ninguna clase ni grado de mal a nadie, y ocupémonos de ser útiles en cada situación de la vida.

Vv. 11—14. Aquí se enseñan cuatro cosas, como una lista del trabajo diario del cristiano. Cuando despertarse: ahora; y despertarse del sueño de la seguridad carnal, la pereza y la negligencia; despertarse del sueño de la muerte espiritual, y del sueño de la muerte espiritual. Considera el tiempo: un tiempo ocupado, un tiempo peligroso. Además, la salvación está cerca, a la mano. Ocupémonos de nuestro camino y hagamos nuestra paz, que estamos más cerca del final de nuestro viaje. —Además, preparémonos. La noche casi ha pasado, el día está a la mano; por tanto, es tiempo de vestirnos. Obsérvese qué debemos quitarnos: la ropa usada en la noche. Desechad las obras pecaminosas de las tinieblas. Obsérvese qué debemos ponernos, cómo vestir nuestras almas. Vestíos la armadura de la luz. El cristiano debe reconocerse desnudo si no está armado. Las gracias del Espíritu son esta armadura, para asegurar al alma contra las tentaciones de Satanás y los ataques del presente mundo malo. Vestíos de Cristo: eso lo incluye todo. Vestíos de la justicia de Dios para la justificación. Vestíos el Espíritu y la gracia de Cristo para santificación. Debéis vestiros del Señor Jesucristo como Señor que os gobierna, como Jesús que os salva; y en ambos casos, como Cristo ungido y nombrado por el Padre para la obra de reinar y salvar. —Cómo caminar. Cuando estamos de pie y listos, no tenemos que sentarnos tranquilamente, sino salir afuera: andemos. El cristianismo nos enseña a andar para complacer a Dios que nos ve siempre. Anda honestamente, como de día evitando las obras de las tinieblas. Donde hay tumultos y ebriedad suele haber libertinaje y lascivia, discordia y envidia. Salomón las juntó a todas, Proverbios xxiii, 29–35. Fíjate en la provisión que harás. Nuestro mayor cuidado debe ser por nuestras almas: ¿pero debemos no cuidar nuestros cuerpos? Sí, pero hay dos cosas prohibidas. Confundirnos con afán ansioso y perturbador, y darnos el gusto de los deseos ilícitos. Las necesidades naturales deben ser suplidas, pero hay que controlar y negarse los malos apetitos. Nuestro deber es pedir carne para nuestras necesidades, se nos enseña a orar pidiendo el pan cotidiano, pero pedir carne para nuestras lujurias es provocar a Dios, Salmo lxxviii, 18.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—13. *Se advierte a los convertidos judíos que no juzguen; y a los creyentes gentiles, que no se desprecien unos a otros.* 14—23. *Se exhorta a los gentiles que cuiden de ofender cuando usan cosas indiferentes.*

Vv. 1—13. Las diferencias de opinión prevalecían hasta entre los seguidores inmediatos de Cristo y sus discípulos. San Pablo no intentó terminarlas. El asentimiento forzoso de cualquier doctrina o la conformidad con los ritos externos sin estar convencido, es hipócrita e infructuoso. Los intentos de producir la unanimidad absoluta de los cristianos serán inútiles. Que la comunión cristiana no sea perturbada por discordias verbales. Bueno será que nos preguntemos, cuando estamos tentados a desdeñar y culpar a nuestros hermanos, ¿no los ha reconocido Dios? y si Él lo ha hecho, ¿me atrevo yo a desconocerlos? —Que el cristiano que usa su libertad no desprecie a su hermano débil por ignorante y supersticioso. Que el creyente escrupuloso no busque defectos en su hermano, porque Dios le aceptó, sin considerar las distinciones de las carnes. Usurpamos el lugar de Dios cuando nos ponemos a juzgar así los pensamientos e intenciones del prójimo, los cuales están fuera de nuestra vista. Muy parecido era el caso acerca de guardar los días. Los que sabían que todas estas cosas fueron terminadas por la venida de Cristo, no se fijaban en las festividades de los judíos. —Pero no basta con que nuestras conciencias consientan a lo que hacemos; es necesario que sea certificado por la palabra de Dios. Cuidate de actuar contra tu conciencia cuando duda. Somos buenos para hacer de nuestras opiniones la norma de verdad, para considerar ciertas las cosas que para otros son dudosas. De esta manera, a menudo los cristianos se desprecian o se condenan mutuamente por asuntos dudosos de poca importancia. El reconocimiento agradecido de Dios, Autor y Dador de todas nuestras misericordias, las santifica y las endulza.

Vv. 7—13. Aunque algunos son débiles y otros son fuertes, todos deben, no obstante, estar de acuerdo en no vivir para sí mismos. Nadie que haya dado su nombre a Cristo tiene permiso para ser egoísta; eso es contrario al cristianismo verdadero. La actividad de nuestras vidas no es complacernos a nosotros mismos, sino complacer a Dios. Cristianismo verdadero es el que hace a Cristo el todo en todo. Aunque los cristianos sean de diferentes fuerzas, capacidades y costumbres en cuestiones menores, aún así, todos son del Señor; todos miran a Cristo, le sirven y buscan ser aprobados por Él. Él es el Señor de los que están vivos y los manda, a los que están muertos, los revive y los levanta. Los cristianos no deben juzgarse ni despreciarse unos a otros, porque tanto el uno como el otro deben rendir cuentas dentro de poco. Una consideración creyente del juicio del gran día, debiera silenciar los juicios apresurados. Que cada hombre escudriñe su corazón y su vida; aquel que es estricto para juzgarse y humillarse, no es apto para juzgar y despreciar a su hermano. Debemos cuidarnos de decir y hacer cosas que puedan hacer que otros tropiecen o caigan. Lo uno significa un grado menor de ofensa, lo otro uno mayor, los cuales pueden ser ocasión de pena o de culpa para nuestro hermano.

Vv. 14—18. Cristo trata bondadosamente a los que tienen la gracia verdadera aunque sean débiles en ella. Considérese la intención de la muerte de Cristo: además, de llevar un alma al pecado amenaza destruir esa alma. Cristo se negó por nuestros hermanos, al morir por ellos, y ¿nosotros no nos negaremos por ellos, al resguardarlos de toda indulgencia? —No podemos impedir que las lenguas desenfrenadas hablen mal, pero no debemos darles la ocasión. Debemos negarnos en muchos casos, de lo que es lícito, cuando nuestro quehacer pueda dañar nuestra buena fama. Nuestro bien suele venir de que hablan mal de nosotros, porque usamos las cosas lícitas de manera egoísta y nada caritativa. Como valoramos la reputación de lo bueno que profesamos y practicamos, busquemos aquello de lo cual no pueda hablarse mal. Justicia, paz y gozo son palabras de enorme significado. En cuanto a Dios, nuestro gran interés es presentarnos ante Él justificados por la muerte de Cristo, santificados por el Espíritu de su gracia, porque el justo Señor ama la justicia. En cuanto a nuestros hermanos, es vivir en paz, y amor, y caridad con ellos: siguiendo la paz con todos los hombres. En cuanto a nosotros mismos, es el gozo en el Espíritu Santo; ese gozo espiritual obrado por el bendito Espíritu en los corazones de los creyentes, que respeta a Dios como su Padre reconciliado, y al cielo como su hogar esperado. Respecto a cumplir nuestros deberes para con

Cristo, Él solo puede hacerlos aceptables. Son más agradables a Dios los que más se complacen en Él; y abundan en paz y gozo del Espíritu Santo. Son aprobados por los hombres sabios y buenos; y la opinión de los demás no tiene que tomarse en cuenta.

Vv. 19—23. Muchos que desean la paz y hablan de ella en voz alta, no siguen las cosas que hacen la paz. Mansedumbre, humildad, abnegación y amor, hacen la paz. No podemos edificar uno sobre otro mientras peleamos y contendemos. Muchos destruyen la obra de Dios en sí mismos por la comida y la bebida; nada destruye más el alma de un hombre que halagar y complacer la carne, y satisfacer su lujuria; así otros son perjudicados, por una ofensa voluntariamente cometida. Las cosas lícitas pueden volverse ilícitas si se hacen ofendiendo al hermano. Esto comprende todas las cosas indiferentes por las cuales un hermano sea llevado a pecar, o a meterse en problemas; o que hacen que se debiliten sus gracias, sus consuelos o sus resoluciones. ¿Tienes fe? Esa se refiere al conocimiento y claridad en cuanto a nuestra libertad cristiana. Disfruta la comodidad que da, pero no perturbes a los demás por el mal uso de ella. Tampoco podemos actuar contra una conciencia que está con dudas. ¡Qué excelentes son las bendiciones del reino de Cristo, que no consiste de ritos y ceremonias externas, sino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo! ¡Qué preferible es el servicio de Dios respecto de todos los demás servicios! Al servir a Dios no somos llamados a vivir y a morir por nosotros mismos, sino por Cristo, al cual pertenecemos y al cual debemos servir.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—7. *Instrucciones sobre cómo comportarse con el débil.* 8—13. *Todos se reciben unos a otros como hermanos.* 14—21. *La escritura y la predicación del apóstol.* 22—29. *Sus viajes propuestos.* 30—33. *Les pide oraciones.*

Vv. 1—7. La libertad cristiana se permitió, no para nuestro placer, sino para la gloria de Dios y para bien del prójimo. Debemos agradar a nuestro prójimo por el bien de su alma; no para servir su malvada voluntad, ni contentarlo de manera pecaminosa; si así buscamos agradar a los hombres, no somos siervos de Cristo. Toda la vida de Cristo fue una vida de negación y no agradarse a sí mismo. El que más se conforma a Cristo es el cristiano más avanzado. Considerando su pureza y santidad inmaculadas, nada podía ser más contrario a Él, que ser hecho pecado y maldición por nosotros, y que cayeran sobre Él los reproches de Dios: el justo por el injusto. Él llevó la culpa del pecado, y la maldición de éste; nosotros sólo somos llamados a soportar un poco del problema. Él llevó los pecados impertinentes del impío; nosotros sólo somos llamados a soportar las fallas del débil. ¿Y no debiéramos ser humildes, abnegados y dispuestos para considerarnos los unos a otros que somos miembros unos de otros? —Las Escrituras se escribieron para que nosotros las usemos y nos beneficiemos, tanto como para aquellos a los que se dieron primeramente. —Los más poderosos en las Escrituras son los más doctos. El consuelo que surge de la palabra de Dios es lo más seguro, dulce y grandioso para anclar la esperanza. El Espíritu como Consolador es las arras de nuestra herencia. Esta unanimidad debe estar de acuerdo con el precepto de Cristo, conforme a su patrón y ejemplo. Es dádiva de Dios, y dádiva preciosa es, por la cual debemos buscarle fervorosamente. Nuestro Maestro divino invita a sus discípulos y los alienta mostrándose a ellos manso y humilde de espíritu. La misma disposición debe caracterizar la conducta de sus siervos, especialmente la del fuerte para con el débil. —El gran fin de todos nuestros actos debe ser que Dios sea glorificado; nada fomenta esto más que el amor y la bondad mutuo de los que profesan la religión. Quienes concuerdan en Cristo, bien pueden concordar entre ellos.

Vv. 8—13. Cristo cumplió las profecías y las promesas relacionadas con los judíos y los convertidos gentiles no tienen excusa para despreciarlas. Los gentiles, al ser puestos en la Iglesia, son compañeros de paciencia y tribulación. —Deben alabar a Dios. El llamado a todas las naciones para que alaben al Señor, indica que ellos tendrán conocimiento de Él. Nunca buscaremos a Cristo

mientras no confiemos en Él. Todo el plan de redención está adaptado para que nos reconciliemos unos con otros, y con nuestro bondadoso Dios, de modo que podamos alcanzar la esperanza permanente de la vida eterna por medio del poder santificador y consolador del Espíritu Santo. Nuestro propio poder nunca lograría esto; por tanto, donde esté esta esperanza, y abunde, es el Espíritu bendito quien debe tener toda la gloria. “Todo gozo y paz”; toda clase de verdadero gozo y paz para quitar las dudas y los temores por la obra poderosa del Espíritu Santo.

Vv. 14—21. El apóstol estaba convencido que los cristianos romanos estaban llenos con un espíritu bueno y afectuoso, y de conocimiento. Les había escrito para recordarles sus deberes y sus peligros, porque Dios le había nombrado ministro de Cristo para los gentiles. Pablo les predicó; pero lo que los convirtió en sacrificios para Dios fue su santificación; no la obra de Pablo, sino la obra del Espíritu Santo: las cosas impías nunca pueden ser gratas para el santo Dios. La conversión de las almas pertenece a Dios; por tanto, es la materia de que se gloria Pablo; no de las cosas de la carne. Pero aunque era un gran predicador, no podía hacer obediente a ninguna alma, más allá de lo que el Espíritu Santo acompañara sus labores. Procuró principalmente el bien de los que estaban en tinieblas. Sea cual fuere el bien que hagamos, es Cristo quien lo hace por nosotros.

Vv. 22—29. El apóstol buscaba las cosas de Cristo más que su propia voluntad, y no podía dejar su obra de plantar iglesias para ir a Roma. Conciérne a todos hacer primero lo que sea más necesario. No debemos tomar a mal si nuestros amigos prefieren una obra que agrada a Dios antes que las visitas y los cumplidos que pueden complacernos a nosotros. —De todos los cristianos se espera justamente que promuevan toda buena obra, especialmente la bendita obra de la conversión de almas. La sociedad cristiana es un cielo en la tierra, una primicia de nuestra reunión con Cristo en el gran día, pero es parcial comparada con nuestra comunión con Cristo, porque sólo ella satisfará al alma. —El apóstol iba a Jerusalén como mensajero de la caridad. Dios ama al dador alegre. — Todo lo que pasa entre los cristianos debe ser prueba y ejemplo de la unión que tienen en Jesucristo. Los gentiles recibieron el evangelio de salvación por los judíos; por tanto, estaban obligados a ministrarles lo que era necesario para el cuerpo. Respecto de lo que esperaba de ellos habla dubitativamente aunque habla confiado acerca de lo que esperaba de Dios. ¡Qué delicioso y ventajoso es tener el evangelio con la plenitud de sus bendiciones! ¡Qué efectos maravillosos y felices produce cuando se acompaña con el poder del Espíritu!

Vv. 30—33. Aprendamos a valorar la oración ferviente y eficaz del justo. ¡Cuánto cuidado debemos tener, para no abandonar nuestro interés en el amor y las oraciones del pueblo suplicante de Dios! Si hemos experimentado el amor del Espíritu, no nos faltemos en este oficio de bondad para con el prójimo. —Los que prevalecen en oración, deben esforzarse en oración. Los que piden las oraciones de otras personas, no deben descuidar sus oraciones. Aunque conoce perfectamente nuestro estado y nuestras necesidades, Cristo quiere saberlo de nosotros. Como debemos buscar a Dios para que refrene la mala voluntad de nuestros enemigos, así también debemos hacerlo para preservar y aumentar la buena voluntad de nuestros amigos. Todo nuestro gozo depende de la voluntad de Dios. Seamos fervientes en las oraciones con otros y por otros, para que, por amor a Cristo, y por el amor del Espíritu Santo, puedan venir grandes bendiciones a las almas de los cristianos y a las labores de los ministros.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—16. *El apóstol encomienda a Febe a la iglesia de Roma, y saluda a varios amigos de allá.* 17—20. *Advierte a la iglesia contra los que hacen divisiones.* 21—24. *Los saludos cristianos.* 25—27. *La epístola concluye dando la gloria a Dios.*

Vv. 1—17. Pablo encomienda a Febe a los cristianos de Roma. Corresponde a los cristianos

ayudarse unos a otros en sus asuntos, especialmente a los forasteros; no sabemos qué ayuda podremos necesitar nosotros mismos. Pablo pide ayuda para una que ha sido útil para muchos; el que riega también será regado. —Aunque el cuidado de todas las iglesias estaba con él a diario, podía recordar a muchas personas y enviar saludos a cada una, con sus caracteres particulares y expresar interés por ellos. —Para que nadie se sienta herido, como si Pablo se hubiera olvidado de ellos, manda sus recuerdos al resto, como hermanos y santos, aunque no los nombra. Agrega, al final, un saludo general para todos ellos en el nombre de las iglesias de Cristo.

Vv. 17—20. ¡Cuán fervientes, cuán afectuosas son estas exhortaciones! Lo que se parta de la sana doctrina de las Escrituras es algo que abre la puerta a la división y a las ofensas. Si se abandona la verdad, no durarán mucho la paz y la unidad. Muchos que llaman Maestro, Señor, a Cristo, distan mucho de servirle, porque sirven sus intereses mundanos, sensuales y carnales. Corrompen la cabeza engañando al corazón; pervierten los juicios porque se enredan en los afectos. Tenemos gran necesidad de cuidar nuestros corazones con toda diligencia. La política corriente de los seductores es imponerse sobre los que están ablandados por sus convicciones. El temperamento dócil es bueno cuando está bien guiado, de lo contrario puede ser llevado a descarriarse. Sed tan sabios como para no ser engañados, pero tan sencillos como para no engañar. —La bendición de Dios que espera el apóstol es la victoria sobre Satanás. Esto incluye todos los designios y estrategias de Satanás contra las almas, para contaminarlas, perturbarlas y destruirlas; todos sus intentos son para obstaculizarnos la paz del cielo aquí, y la posesión del cielo en el más allá. Cuando parezca que Satanás prevalece, y que estamos listos para darlo todo por perdido, entonces intervendrá el Dios de paz por nosotros. Por tanto, resistid con fe y paciencia un poco más. Si la gracia de Cristo está con nosotros, ¿quién puede vencernos?

Vv. 21—24. El apóstol agrega recuerdos afectuosos de personas que están con él, conocidos por los cristianos de Roma. Gran consuelo es ver la santidad y el servicio de nuestros parientes. No son llamados muchos nobles, ni muchos poderosos, pero algunos los son. Es lícito que los creyentes desempeñen oficios civiles y sería deseable que todos los oficios de los países cristianos, y de la Iglesia, fueran encargados a cristianos prudentes y firmes.

Vv. 25—27. Lo que confirma las almas es la clara predicación de Jesucristo. Nuestra redención y salvación hecha por el Señor Jesucristo, incuestionablemente es el gran misterio de la piedad. Sin embargo, bendito sea Dios, que tanto de este misterio sea claro como para llevarnos al cielo, si no rechazamos voluntariamente una salvación tan grande. La vida y la inmortalidad son sacadas a la luz por el evangelio, y el Sol de Justicia se levanta sobre el mundo. Las Escrituras de los profetas, lo que dejaron por escrito, no sólo es claro en sí, sino que por ellas se da a conocer este misterio a todas las naciones. Cristo es salvación para todas las naciones. El evangelio es revelado, no para conversarlo ni para debatirlo, sino para someterse a él. La obediencia de fe es la obediencia dada a la palabra de la fe, y que viene por la gracia de la fe. —Toda la gloria que el hombre caído dé a Dios, para ser aceptado por Él, debe ser por medio del Señor Jesús, porque en Él solo pueden ser agradables para Dios nuestras personas y nuestras obras. Debemos mencionar esta justicia, como suya solamente, de Aquel que es el Mediador de todas nuestras oraciones, porque Él es y será, por la eternidad, el Mediador de todas nuestras alabanzas. Recordando que somos llamados a la obediencia de fe, y que todo grado de sabiduría es del único sabio Dios, debemos rendir a Él, por palabra y obra, la gloria por medio de Jesucristo; para que, así esté la gracia de nuestro Señor Jesucristo con nosotros para siempre.

Henry, Matthew